



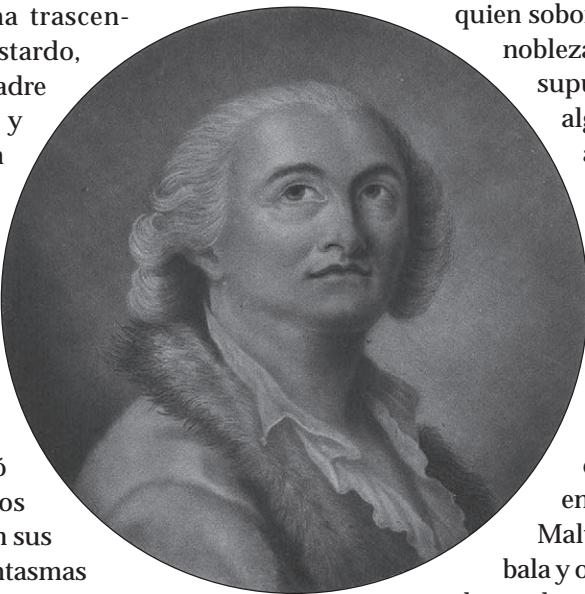
SANTOS, HECHICEROS Y CURANDEROS

Por Víctor Hugo Córdova Pluma.

Jefe de posgrado de la Facultad Mexicana de Medicina de la Universidad La Salle,
Internista con certificación vigente.

Entre junio y julio de 1743, en Sicilia, nació *Guiseppe Balsamo*, uno de los más conocidos engañadores que ha trascendido por siglos. Bastardo, permaneció al lado de su madre que vendía verdura, vísceras y ocasionalmente su cuerpo. En medio de la miseria aprendió que la gente estaba dispuesta a pagar cualquier precio por mantenerse joven, aliviar sus enfermedades, pero más aún, a ser escuchados y recibir un consejo mágico o un vínculo con el "más allá". De esta manera se relacionó con los brujos de los barrios bajos de Italia que prodigaban sus favores ocultos en voz de fantasmas diabólicos. Sus primeros ingresos económicos provenían de las preparaciones a base de hierbas, según para aliviar la comezón y las injurias de los genitales de las prostitutas.

Vivaz en la palabra, de gran imaginación, endeudado pero vestido a la moda e indiscutiblemente sin escrúpulos, decidió alejarse de la pobreza a cualquier costo y de esta manera idealizar sus primeras fechorías. Para no ser rechazado por los adinerados, Giuseppe creó su autobiografía. Una trama inteligente que enmarcaría a todo un personaje. A pesar de ser hereje y en algún momento de su vida practicar ritos satánicos, afirmaba provenir de una familia cristiana de noble cuna y estar a cargo de un tío adinerado;



El Conde Alessandro di Cagliostro (1743-1795)

La curación, viejo sueño de la humanidad que ha tejido a su alrededor un manto capaz de cubrir a los hombres más sabios y a los grandes charlatanes. Ejemplos sobran y, lamentablemente, sobrarán...

tal situación lo llevó a La Meca y El Cairo. Con esa mentira buscó en Roma a un maestro artesano a quien sobornó para falsificar un título de nobleza, utilizando el apellido de una supuesta tía –de la cual no existió algún documento histórico–. Es así como aparece el *Conde Alessandro di Cagliostro*, que con diversos engaños construyó un pequeño capital para que los relevantes curanderos e importantes médicos de la época le enseñaran el oficio. A los veintitrés años viajó a Malta decidido a forjar fama; en esa isla recibió la iniciación en la Orden de los Caballeros de Malta, donde estudió alquimia, cábala y otras ciencias ocultas. El vínculo de este hombre con situaciones esotéricas se resalta cuando Alejandro Dumas lo recrea en una de sus novelas y Humberto Eco alude al mismo nombre en su novela *El péndulo de Foucault*.

A su regreso a Italia, de forma trampa y grotesca, se instaló con mentiras como el representante del gremio de sanadores de su ciudad natal. De esta manera adquirió clientes, cobró a todo aquel que deseara anunciarse sin importar su oficio (médico o vendedor de remedios), invadió espacios, dictó conferencias sin importar el tema (anunciándose como una autoridad mágica en todas las artes), eliminó a sus colegas de presentaciones ante importantes mandatarios, colocó su sala médica, abrió diversas sucursales con su nom-

bre e inventó un sistema de ahorro, del cual se llevó todas las ganancias. En medio de esos avatares se ganó la confianza de un comerciante de telas inmensamente rico, a quien impresionó con sus dotes de clarividente a cambio de inmensas sumas de oro. Es un episodio no bien documentado pero relacionado con dos hechos interesantes: la muerte súbita del enfermo y el rápido enriquecimiento del curandero.

Este charlatán, que se hacía llamar “el último alquimista”, recorrió Europa en el siglo XVIII identificado por la gente como una eminencia médica. Enamoró a las mujeres con asombrosas historias para que le abrieran las puertas de la corte francesa; ahí practicó libremente la magia, alquimia, adivinación por medio de la bola de cristal, curación por la imposición de las manos, conjuro de los espíritus y la predicción de los números ganadores de los juegos de azar. Versátil empresario, vendía poción mágicas, el “elixir de la vida” y la piedra filosofal. Inició con diversas salas de maternidad a precios muy bajos, favoreció el aborto y lo cobró muy bien entre las hijas, amantes y hermanas de los poderosos de la época; además, aseguraba curar la infertilidad. Realizaba sesiones espiritistas, trasmutaba los metales y practicaba la magia negra (exorcizaba a los demonios); sin embargo, su mayor éxito lo constituyó la curación psíquica. El Conde Alessandro di Cagliostro llamó la atención de los médicos y de la Santa Inquisición por curar el insomnio, dolores musculares graves, fatigas agotadoras, pesadillas, sudoraciones nocturnas escalofriantes y, además, ausencia del deseo carnal con sólo dos métodos: la posesión psíquica y la sexual. Entre la hipnosis y la fornicación se propiciaba la terapéutica de “El Divino Cagliostro”, quien afirmaba contar con casi 300 años de vida, sin alguna cana o arruga que lo distinguiera.

En Roma conoció a Lorenza Feliciano con quien se casó y a la que convirtió en su mejor promotora, incluso la prostituyó para recibir el apoyo de los aristócratas. Para ello le cambió el nombre por Serafina.



Existen documentos que narran cómo Cagliostro predijo la Revolución Francesa a través de la voz de Serafina, ante la mirada incrédula de la nobleza de Gales, varios años antes que ocurriera. Era Lorenza

o Serafina, quien desnuda y bien bebida de generosos licores, servía de intérprete de los sueños que le narraban al iluminado Conde, desde la Francia cortesana hasta la poderosa Rusia.

Después de viajes interminables y concertaciones con actores, rodeó la intriga a las meretrices y a los pordioseros que cooperaban con pasión en las presuntuosas exposiciones de “El Divino”. En Francia, él y su esposa fueron acusados por un ilícito que sus admiradores calificaron como un infame engaño; fraude relacionado con el episodio del “Collar de la Reina”. Estos personajes fueron embaucados por la

Condesa de Lamotte, quien cometió una estafa de 1.6 millones de francos por un collar de diamantes que, se supone, estaba destinado para la reina María Antonieta. Varios historiadores afirman que Luís XVI autorizó a la Reina, después de nueve meses, visitar a su consejero esotérico en La Bastilla. Después de esa cita se le permitió enfrentar al tribunal con su propia defensa. Según la leyenda, Cagliostro y su esposa obtuvieron la libertad mediante una fantástica y nueva historia –diría yo, una enmienda a su autobiografía-. Argumentó que lo había criado, en Arabia, un hombre llamado Althotas y que le había enseñado el ocultismo. Explicó que sus riquezas procedían de un alto jerarca de La Meca, quien misteriosamente le abría cuentas bancarias por haber salvado a su primogénito, gracias a su clarividencia. Negó ser miembro de la secta secreta de los rosacrucianos así como tener trescientos años; además, comentó que había profetizado que la Condesa de Lamotte era una mujer peligrosa. Acierto y error. Maniobra adecuada para obtener la libertad junto con su esposa, argumento suficiente para ser expulsado de Francia y vincularlo con malas artes que no provenían de los europeos tradicionales, aunque libertinos e hipócritas, pero sí de los pueblos musulmanes.

Inglaterra fue su siguiente destino, por supuesto, ocultando su última biografía. Sin dinero, Cagliostro y su esposa encontraron un negocio redondo. A toda prisa crearon otra historia encantadora. Mencionó que era un iluminado, se capitalizó en una orden masónica de ricos incautos que apreciaban pagar por una filiación de “gente culta”. Para ello compró un libro escrito en 1779 por George Crofton. Así, tal vez en 1782, creó en París el *Rito de Adopción de Cagliostro* denominado *Madre Logia de Adopción de la Alta Masonería Egipcia*. Nombró a Lorenza como la *Gran Regente* mientras él se asumía como el *Gran Maestro*. Así convivió con diversos personajes de las más importantes esferas sociales. En marzo de 1785 lo invitaron al Gran Congreso de la Masonería Filosófica, en su calidad de creador del citado rito egipcio. Los expertos en estos temas señalaron comentarios desastrosos, acerca de sus exposiciones, hasta rechazarlo y ponerlo en ridículo.

Volvió a casa con apremio e incomodidad, leyó, buscó, visitó a los locos, hechiceros, cultivadores de ritos y sectas. Se involucró con la magia negra. Su fervor por lo demoníaco se transformó en obsesión. Produjo diversas lociones para el amor, la intriga y la potencia sexual. Fue invitado por una familia de mercaderes de brebajes a comercializar una sustancia para bajar de peso... trabajó en su taller y ¡por fin! encontró su nuevo éxito “la loción para volverse invisible”. En ese

momento lo descubrió un periodista, quien publicó, en un diario londinense, los múltiples embustes del mago y de su aún bellísima esposa; historia que destruyó su refulgente reputación. Se estima que esto sucedió alrededor de 1791, por lo que regresaron a Italia. La Iglesia Católica hizo que los detuvieran y los enviaran a prisión. Pasaron, tal vez, entre quince y dieciocho meses de interrogatorios en manos de la Inquisición, hallados culpables de “impiedad y herejía”. Lorenza fue condenada a muerte, pero dio testimonio de lo que sabía de su marido a cambio del perdón. Fue enviada a un convento, en Roma, donde enloqueció y se cree que murió en 1794. El final de Cagliostro fue pavoroso, lo sentenciaron a muerte el 7 de abril de 1791; sin embargo, el Papa Pío VI le conmutó dicha sentencia por la de

cadena perpetua. Fue enviado a una prisión en San Leo, Pesaro, donde se cuenta que enloqueció dictando a gritos profecías, augurios y recetas que escribía en las paredes de la celda con su excremento. Murió en dicha prisión a los cincuenta y dos años de edad. Por supuesto, existieron rumores que señalaban su supervivencia, ahora en América; que un dragón lo rescató y lo depositó en Liberia; que escribió su historia en uno de los acantilados de los alpes Suizos (veinte años después de su supuesta muerte) y que –no podía faltar– se volvió invisible, para simplemente salir por la misma puerta por donde entró.



NOTA ACLARATORIA

El autor del Rincón del internista de *Medicina Interna de México* 2007;23(2):182 es el Dr. Asisclo de Jesús Villagómez Ortiz y no el Dr. Manuel Ramiro Hernández.